

Entrevista a Juan José Sebreli

Reina Roffé

Juan José Sebreli es uno de los más célebres ensayistas argentinos. Nació en Buenos Aires en 1930 y ya a los veinte años colaboraba en las revistas literarias más prestigiosas de la época: *Sur* y *Contorno*. Poco después, formó un grupo existencialista sartreano junto a dos intelectuales hoy de culto, Oscar Masotta y Carlos Correas. Su primer ensayo lo publicó a principios de la década del sesenta alcanzando notoriedad con *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación* (1964), una obra que actualmente se considera pionera de la sociología de la vida cotidiana. Autor de numerosos libros —entre los que destacan *Los deseos imaginarios del peronismo* (1983), *La saga de los Anchorena* (1985), *El asedio a la modernidad* (1991), *El vacilar de las cosas* (1994), *Escritos sobre escritos, ciudades bajo ciudades* (1997), *La era del fútbol* (1998), *Las aventuras de la vanguardia* (2000) y *Crítica de las ideas políticas argentinas* (2003)—, acaba de dar a conocer su creación más subjetiva, *El tiempo de una vida* (2005), su autobiografía, relato en el que Sebreli se constituye, quizá sin proponérselo, en el testigo de lujo de una época particularmente significativa de la historia de su país.

— *En su último libro publicado, El tiempo de una vida, que es su autobiografía, usted parece realizar algo que pocos autores argentinos del género se atrevieron a hacer: integrar el cuerpo en el relato de vida.*

— Son, en efecto, muy escasas las autobiografías de autores y personajes argentinos en las que aparecen aspectos fundamentales del cuerpo, como es la sexualidad. Casualmente, estos aspectos figuran en los escritos de una mujer argentina, una mujer del siglo XIX, como Victoria Ocampo; creo que fue la única que hizo aparecer la sexualidad en su autobiografía.

— *¿Responde esto a una suerte de autocensura y de represión muy internalizadas en la sociedad?*

— Sí, es algo de lo que no se habla. Se practica, pero no se habla. Tampoco es frecuente encontrar este aspecto del cuerpo en autobiografías pertenecientes a autores de otras sociedades. Pero acá, en la Argentina, es casi un dogma: de eso no se habla.

— *Usted cuenta que en una época de su vida se convirtió en un prototipo de la ciudad moderna, en un flâneur, amante del vagabundeo, del caminar sin rumbo fijo. De aquel vagabundeo surgieron encuentros fortuitos, azarosos en los que tuvieron mucho que ver la mirada, el gesto cargado de deseo erótico.*

— La mirada, el gesto, un cierto rictus son elementos de comunicación en la calle. Me acuerdo de las reflexiones de Sartre sobre la mirada en *El ser y la nada*. Ahí estaba realmente muy bien reflejado lo que significa. También aparece en sus novelas. Es el primero que reparó en la importancia de la mirada.

— *¿Y cómo es la mirada argentina, hay algo de particular en ella? Manuel Puig decía que era muy fuerte, una mirada castigadora, que critica, que mira mal.*

— No creo en las características nacionales. Está la mirada del *flâneur*, que yo describo en mi libro, y también está la del frecuentador de librerías de viejo, y digo que éste tiene una mirada dispersa, que no mira nada, pero que siempre repara en algo. Es un poco la mirada, con respecto a los libros, del *flâneur* en medio de la multitud, que tiene un mirar vago, disperso, pero, de pronto, ve algo preciso. Esa es la mirada de unas personas determinadas, aunque hay gentes que miran de otra forma. También están los que miran mal, pero no tiene por qué ser una seña de identidad. No creo, le repito, en los rasgos característicos. En general, la sociedad argentina es muy mirona. Yo mismo soy mirón, porque tengo curiosidad. Me gusta ver las caras. Me siento en un café y me puedo pasar horas mirando por la ventana solamente caras que pasan. Más bien es una característica de la curiosidad por el otro. En realidad, los hombres son iguales en todas partes. Hay grupos con características distintas o determinados temperamentos que hacen mirar de una forma o de otra.

— *¿Usted es un caminador del tipo Borges o del tipo Arlt?*

— Está bien diferenciarlos, porque la caminata de Borges y la de Arlt son, en efecto, distintas. Arlt es de calles tumultuosas, del centro o, directamente, de cafés turbulentos; cosa que en Borges no se da. En Borges la caminata es por calles solitarias de un Buenos Aires, claro está, de otra época. Un Buenos Aires vacío, de las calles del sur. Yo combino ambos tipos de *flâneur*. En mi libro se ve claramente que me encanta estar solo en medio de una multitud y también recorrer esas calles desoladas de Constitución al sur.

— *En el prólogo a El tiempo de una vida usted le anticipa al lector que su autobiografía tiene un poco de los libros de memorias y de testimonios, de crónica de costumbres y del ensayo. ¿Es una forma posmoderna de armar su historia?*

— Es, un poco, la característica de todos mis libros. Primero, no creo en una disciplina. En general, me consideran sociólogo, pero no soy un sociólogo propiamente dicho, porque en mis libros combino sociología, historia y filosofía; amén de teoría política, de psicología social. Así como no creo en las disciplinas tampoco creo en los géneros. Desde luego, existen, pero a mí lo que me interesa es la mezcla o la combinación de ellos. Este último libro es un caso típico, porque acá encontramos una sociología de la vida privada, una sociología urbana y cierta psicología y sociología de comportamientos sexuales, encontramos historia de la evolución de una sociedad y de una ciudad, a través de varias décadas del siglo XX. Básicamente, combino el género de la autobiografía y el de las memorias. Las memorias se refieren más al mundo exterior, a la actuación pública, cosa que se contempla en el mío, porque está la cuestión política. La autobiografía, en cambio, alude más a lo privado, a lo íntimo, y eso también está presente en *El tiempo de una vida*. Si bien hay un predominio de lo privado sobre lo público, lo privado está siempre tratado con un sesgo de tipo sociológico. Es decir, en lo privado está también lo público. Yo explico que si hago predominar lo autobiográfico con ese sesgo sociológico a lo público es porque, a pesar de ser un hombre público, porque soy, en cierto modo, un autor conocido, mi integración a la sociedad ha sido conflictiva. Y eso me lleva más a la autobiografía. En general, las memorias provienen de hombres públicos que están muy integrados a la sociedad y muy seguros del papel que cumplen en ella. El caso mío es distinto. Mi trayectoria de escritor fue contradictoria. Por un lado,

soy un autor muy leído, muy conocido, muy difundido y, por otro lado, soy bastante marginal, casi un *outsider*, porque nunca tuve reconocimientos oficiales. Las críticas a mis libros, mayoritariamente, son en contra. En el caso de este libro, hubo dos buenas y las demás muy tibias, y salieron pocas. Tengo carpetas llenas de recortes con reseñas de mis libros que, en su inmensa mayoría, son ataques muy fuertes a lo que en ellos expreso. Por lo tanto, yo no podía escribir unas memorias, tenía que escribir una autobiografía, aunque sea una autobiografía de un ensayista que no puede evitar tomar distancia frente a sí mismo y verse como un objeto de reflexión sociológica y hasta filosófica, porque en el último capítulo hablo de la muerte.

— *Desde antes de alcanzar notoriedad con su libro Buenos Aires, vida cotidiana y alienación, que es de 1964, usted ya era un autor conocido por sus colaboraciones en las revistas Sur y Contorno. Son muchos años y varias décadas en la que su nombre es referencia obligada en el ambiente cultural argentino. ¿Cómo es posible, entonces, que se considere un outsider?*

— Uno puede ser muy conocido y, al mismo tiempo, ser un marginal. Yo a veces digo que tengo la fama del Negro Raúl. Al Negro Raúl todo el mundo lo conocía, todo el mundo lo saludaba, era famoso. Había que sentarse en un restaurante a la mesa de este hombre para darse dique y, sin embargo, era un marginal.

— *Usted se confiesa merodeador de librerías de viejo, asistente habitual del cineclub, un joven atraído por el existencialismo de posguerra y las tertulias de la calle Viamonte de Buenos Aires, donde se encontraba por entonces la Facultad de Filosofía y Letras. ¿Cómo eran esas tertulias de la calle Viamonte?*

— En unas pocas cuadras de Viamonte, el azar había reunido la Facultad de Filosofía y Letras y la redacción de *Sur*. Además, empezaron a instalarse en esas mismas cuadras galerías de pintura, teatros independientes y, por supuesto, cafés y librerías. Se convirtió en una zona de dos o tres manzanas en las que se encontraba todo el mundo intelectual y artístico: estudiantes, escritores, pintores, actores y cierto público curioso al que le gustaba ese ambiente un poco al margen del mundo tan convencional de aquella época. Eso empezó entre mitad y

finales de los cuarenta y duró casi hasta la época de Onganía. Con Onganía en el poder, todo eso desapareció, no quedó nada. La alternativa a Viamonte era la calle Corrientes, entre Talcahuano y Callao, donde había un café al lado de otro. Corrientes era, sobre todo, nocturna. En cambio, el movimiento de Viamonte empezaba a las diez de la mañana y terminaba a las nueve de la noche, cuando comenzaba el de Corrientes. Yo refiero todo esto en el capítulo «La loca bohemia».

— *¿Y usted también vivía la noche de Corrientes?*

— Sí, además había un cineclub famoso, el Cine Arte, y los teatros. Yo conocí la segunda etapa de Corrientes, la que había empezado en 1936 con el ensanche. Porque antes, Corrientes era otra cosa, era una calle prostibularia, de cabarets. Por tanto, conocí la segunda etapa, bien entrada esa etapa, porque en esos años yo era todavía muy chico. Ahora Corrientes es un mito, aunque no tiene nada que ver con lo que fue. Los cafés existen, pero muchos de ellos son *fast-food*. La Buenos Aires actual resulta completamente hostil al *flâneur*. Las calles principales, Florida, por ejemplo, que era un salón al aire libre, es transitada diariamente por multitudes, pero nadie pasea; simplemente va y viene por esta arteria gente que trabaja allí o en los alrededores o gente que acude para hacer alguna gestión o comprar algo en sus locales comerciales. Como es una calle peatonal, la gente se desplaza por ahí. Pero el paseo, aquello que existía antes de vestirse para ir a Florida a mirar vidrieras, a saludarse con la gente, ya no se da. Porque en las esquinas de Florida había gente parada saludando a los que pasaban, conocidos, amigos, y eso existió hasta mediados del siglo XX. Yo lo llegué a conocer, había allí personajes característicos de la calle que uno veía todos los días en una esquina determinada o un bar. Eso desapareció completamente. Hoy, después de las ocho de la noche, cuando se cierran las oficinas y las tiendas, no queda nadie, es una calle sin gente. Casi todas sus confiterías famosas desaparecieron. Las galerías de pintura y los teatros independientes también desaparecieron de Viamonte; Florida sigue existiendo, pero no es lo que era. Corrientes tampoco es la que conocimos. Lavalle, que era la calle de los cines, que ahora ya no están, se convirtió en una calle casi lumpen. Santa Fe, que es la otra (porque éstas son las únicas calles de paseo que hubo) y que todavía conserva cierta vida, ha perdido mucho, ya no es la de los negocios elegantes, está todo muy mezclado, se ha empobrecido. Hasta la década